

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA,

consagrado à la

VÍRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm. 607

Alicante 22 de Julio de 1882

Año XIII.

CARTA PASTORAL.

Nos el Dr. D. Victoriano Guisasa-
la y Rodriguez, por la gracia de
Dios y de la Santa Sede Apostóli-
ca Obispo de Orihuela, Prelado
doméstico de Su Santidad, del há-
bito de Santiago, etc. etc.

*Al venerable Dean y Cabildo de nuestra
Santa Iglesia Catedral, al Abad y Cabildo
de la Colegial de San Nicolás de la ciudad
de Alicante, à los Beneficiados de una y
otra, à los Arciprestes, Párrocos y demás
clero secular, à las Comunidades religio-
sas de uno y otro sexo, y à los fieles to-
dos de esta nuestra Diócesis, salud y gra-
cia en Nuestro Señor Jesucristo.*

Muy amados hermanos é hijos
nuestros: al recibir noticia de que
la Providencia, poniendo término á
la viudez de esta Iglesia y Diócesis
y á vuestra orfandad, os destinaba
un nuevo Prelado en reemplazo del
que ha dejado entre vosotros tan

grata memoria, muy natural era
preguntáseis con ansiedad: ¿quién
es? de dónde viene? cuáles son sus
antecedentes y dotes personales? Lo
habreis inquirido; más tal vez no
será importuno el siguiente alegó-
rico relato. Botábase al agua hace
cosa de seis años una nueva hermo-
sa nave, con primor empavesada y
ostentando vistosos gallardetes de
las más puras glorias de nuestra
patria. Y cuando ufana comenzó á
surcar las olas entre festivas deto-
naciones, los acentos armoniosos de
instrumentos músicos, y las acla-
maciones de ia multitud, que le au-
guraba prosperidad y ventura, no
faltó quien conovido exclamase:
¡pobrecita! qué de tempestades te
aguardan por esos mares! Tocónos
muy á pesar nuestro, ser el primer
piloto de esa nave y participar de
tan entusiastas ovaciones, mas las
borrascas no se hicieron esperar.
Como habia de surcar un proceloso

océano, y á pesar de su aspecto deslumbrador y de su buena estructura —pues que era fabricada por manos augustas—carecía, no obstante, sin culpa de éstas, de piezas muy principales, siendo su gobernalle defectuoso, y una parte de su tripulación de intenciones aviesas, hubimos de soportar fatigas, sostener violenta lucha y hacer esfuerzos supremos para sacarla á salvo, lográndolo por fin entre mil contrariedades. ¡Gloria por ello á Dios! Pero con ser esto notorio, y no haberse suscitado aquellas por culpa nuestra ni por nuestras condiciones personales, resolvimos por fin imitar á S. Gregorio de Nazianzo que, á ejemplo de Jonás, pidió le arrojasen al mar, ó sea, le permitiesen abandonar la Silla de Constantinopla á efecto de que se calmase la tormenta que él no había provocado. Ved ya nuestra procedencia, y por qué arribamos cual náufrago maltrecho á vuestras playas.

Mucho, muchísimo habíamos oído hablar de vuestra proverbial religiosidad, amados Orcelitanos; pero habremos de confesarlo francamente: no podíamos figurarnos que llegase á tal extremo. Ante esas demostraciones de frenético entusiasmo, que hemos presenciado y estamos aún presenciando ¿qué hemos de hacer, pues, sino felicitaros y felicitarnos; á vosotros por vuestra piedad y acendrado catolicismo, á

Nos vuestro nuevo Pastor, porque hemos de serlo de una grey tan escogida? Un pueblo que así recibe á su Prelado, solo por serlo—que no tenemos cualidades para merecer tal ovación;—un pueblo que así recibe á su nuevo Obispo en los tiempos que corremos, de impiedad é indiferencia religiosa, digno es ciertamente de nuestro amor y de nuestra solicitud más esmerada. Os la prometemos, amadísimos hijos, os prometemos corresponderos á ley de reciprocidad; os prometemos ese amor y esa solicitud, que á más de ser propios de nuestro Ministerio pastoral, vosotros mismos habeis sabido grangearos.

Venimos á vosotros, A. H. N., recordando con dolor á tantos otros muy queridos, á quienes en lejano país hemos dejado la mitad de nuestro corazón, y enviamos hoy desde aquí nuestra bendición afectuosa y un cariñoso saludo. Venimos á la verdad hondamente impresionado; pero es un dulce lenitivo á nuestra pena la seguridad, que se nos ha hecho concebir, de que nuestros nuevos diocesanos no han de ceder á aquellos en nobleza de sentimientos, en hidalguía de proceder, ni en religiosidad acrisolada, como ya han sabido mostrarlo en los brillantísimos festejos con que Nos han recibido, y en la multitud de mensajes y plácemes afectuosos, de que hemos sido objeto, y que lo serán

para Nos de eterno reconocimiento. Venimos con efecto á este bellissimo país, y no será defraudada nuestra esperanza, en busca de tranquila y sosegada vida, y á que dulcemente se deslice en medio de vosotros, y entre las tareas de nuestro Ministerio, la parte ya no grande que nos queda de ella.

Plácenos considerar esta Diócesis, á que providencialmente somos destinados, como el más seguro y venturoso puerto contra los embates de la impiedad y el funesto soplo de contaminación, que en la época presente todo lo ha viciado. Pero *los dias son malos* (1), como lo eran aquellos en que esto se escribía, y es preciso en medio de todo vivir apercebidos. Incúmbenos, pues, al haber de dirigirnos á vosotros por vez primera, inculcaros vuestros sagrados deberes, y trazaros la línea de conducta que, á fuer de buenos católicos os corresponde seguir en tiempos tan difíciles.

No podeis ignorar, y como hijos fieles de la Iglesia habreis deplorado con acerba pena, la desolacion en que gime la Metrópoli del Catelicismo. La verdadera reina de las naciones constituida, no ya como Jerusalem bajo tributo, sino en verdadera servidumbre, y cautivo tambien el anciano Pontífice, que como rey temporal con el más sagrado

(1) Eph. V. 16.

derecho y las más suaves leyes la regía! Conoceis asimismo las que en otros imperios y reinos han venido promulgándose en ódio y depression de la Santa Iglesia, los cruji-dos de la prensa forzada á trabajar sin reposo en multiplicar publicaciones impías é inmundas, los golpes desafortados de la piqueta revolucionaria sobre templos y sobre altares; habeis visto con dolor intenso la profanacion de los tabernáculos del Señor, el escarnio de las sagradas imágenes, la befa de nuestras solemnidades, la persecucion, en fin, casi universal, ora violenta, ora solapada, contra nuestra religion adorable. Que si en nuestra España parece calmado afortunadamente ese furor y que hemos entrado en tiempos bonancibles, sin nota de peximista podemos asegurar que no lo son tanto como pareciera, y que no vemos conjurado todo peligro de que se reproduzcan aún entre nosotros escenas sacrílegas, que por honra de nuestra pátria querriamos se sepultasen en eterno olvido. La lucha que principió con el mundo entre las dos ciudades, la de Dios y la que el Espiritu santo llama Babilonia, se ha exacerbado cruelmente en nuestro siglo. Esta será por fin lanzada al abismo cual piedra de molino, y la primera como Esposa del Cordero subirá al cielo bien purificada y henchidas sus sienes de dolor y fatiga.

Pero ¡ay! A. H. N., asáltanos una reflexion, aún más dolorosa y que no sabemos ocultaros. ¿Quién sabe si los que, al contemplar la triste situacion del catolicismo, inculpamos á los agentes del error y de la impiedad que tan crudamente le hostilizan, acaso en los juicios del Señor, inexplorables como la lobreguez de un abismo, seríamos de algun modo solidarios con esos hombres en su obra de conspiracion sacrilega? Porque no hemos de atribuir los acontecimientos de este mundo á causas puramente naturales ó á caprichosas evoluciones de un ciego fanatismo. Al concertar el Hacedor Supremo en su sabiduría y prevision infalibles el plan y economía de este universo, enlazó misteriosamente en concierto admirable y armónica correspondencia los fenómenos del mundo físico con los acaecimientos del mundo moral y los del orden natural con los del sobrenatural, para que todo, absolutamente todo, hasta los desórdenes y grandes crímenes del libre albedrío humano, concurriesen á la realizacion de sus grandiosos y adorables designios. Nosotros solo vemos las causas inmediatas de nuestros infortunios y sufrimientos; pero sobre estas debemos siempre columbrar la accion invisible de la Providencia, la divina omnipotente diestra, que se agrava de tiempo en tiempo sobre la ingrata y extraviada huma-

nidad. Preguntad sino á Tito ¿por qué hubo de conducir contra Jerusalem las águilas romanas para que en ella hiciesen la más horrenda carnicería que registran las historias? «Yo he hecho esta guerra, os diria, conducido por Dios; no soy yo quien ha vencido: yo solo he prestado mis manos á la Divina venganza.» Interrogad á Atila, cual fué la verdadera causa de que al frente de aquel inmenso ejército de bárbaros, armados del hacha y de la tea incendiaria, se precipitase sobre las ciudades más florecientes del imperio romano, dejándolas reducidas á escombros y pavesa á manera de un rayo vengador? Lo era en efecto. Preguntáraisle y oiríais de sus lábios que á ello le concitaba un secreto misterioso impulso, de que no sabia darse cuenta: «soy el azote de Dios!» Y lo fueron asimismo, no hay que ponerlo en duda, los hijos del Corán, cuando á manera de torrente desolador se desbordaron sobre Europa, y dejando sepultada en las aguas del Guadalete la gangrenada monarquía goda, impusieron á nuestros padres la ominosa coyunda, que solo clamando con fé á Dios y al cabo de ocho siglos de heroismo, por ella inspirado y sostenido, lograron sacudir.

Esta ha sido en todo tiempo la economía del Señor en el gobierno del mundo, delineada en la que usó

con el antiguo pueblo de su predilección, al cual otorgaba la más gloriosa victoria sobre ejércitos muy superiores siempre que le era fiel, y dejaba postrado ignominiosamente por inferiores fuerzas, cuando daba al olvido su ley santa. La más ó menos puntual observancia de sus preceptos y mandatos era el regulador infalible de la protección que le dispensaba, y jamás experimentó ese pueblo contratiempo ni desgracia, que no tuviese por origen sus ingraticudes é infidelidades. No, no se habría seguramente profanado y reducido por fin á escombros y cenizas el maravilloso templo de Sion, sino porque ya Israel no le respetaba lo bastante: no habría quedado cautiva el Arca Santa ni postergada al ídolo Dagon, á no haber sido antes para Israel objeto de indiferencia; ni el privilegiado pueblo se hubiera visto disperso entre las naciones idólatras y reducido á servidumbre, si declinando él de sus rectas sendas, no hubiese violado el pacto sacrosanto. Fácil es deducir á este tenor no poca conformidad entre el origen de las desventuras de ese pueblo, á quien todo, al decir de San Pablo, acaecía en figura, y el de las que hace tiempo vienen aquejando al nuevo pueblo de Dios. ¿Hemos dado, pues, nosotros, volveríamos á preguntar, ocasion ó motivo para los males que deploramos, y seríamos en algun

modo solidarios de aquellos hombres perversos, que en calidad acaso de instrumentos de la justicia suprema nos lo irrogan?

Bien pudiera ser, A. H. N.: temamos, y aprestémonos á corresponder al plan y designios sapientísimos de la Providencia. Lo que nos cumple, por lo tanto, más que dar sueltas á nuestra indignación contra los impíos y malévolos, es prevenir los castigos de la divina, haciendo por desagraviarla con una conducta propia de nuestro carácter de cristianos: lo que nos atañe, lo que nos interesa, es facilitar por medio de la observancia de la ley del Señor y del exacto cumplimiento de nuestros respectivos deberes, los venturosos caminos de la divina clemencia, que por nuestras culpas parecen obstruidos.

La fé y las obras con que ella se manifiesta: creer á la doctrina revelada, segun nos la propone nuestra madre la Iglesia, y obrar en armonía con nuestras creencias cristianas y católicas; ved á lo que se reduce todo.

La fé, pues, debemos recomendaros en primer término, como que sin ella, segun afirma el Apóstol, *es imposible agradar á Dios* (1): la santa fé católica, apostólica, romana; mediante la cual, y solo por su

(1) Hebr. XI, 6.

medio, es cómo sabe el hombre á qué atenerse en orden á los más difíciles é interesantes problemas, que son para el filósofo emancipado de ella inextricables é insolubles. A favor de su luz divina descubre la razón un horizonte sin límites, inexplorado á los profanos, inundado de sublimes resplandores y encantadora armonía; regiones misteriosas de claridad inefable, donde residen los arquetipos eternos de todo lo existente, donde está el origen de toda luz y la fuente purísima de toda verdad, donde únicamente puede ser, y es con efecto, una realidad, el ideal, que en vano persigue el sábio con las luces naturales, de la unidad de la ciencia con un foco único, no obstante sus múltiples y variadas ramificaciones. Y viniendo á lo que concierne principalmente á nuestro verdadero interés, solo mediante ella y la diáfana lucidez de sus fulgores, es como llega el hombre á ser ilustrado hasta poder darse cuenta de lo que él mismo es, de la celsitud de su origen, de su misión sobre la tierra y de su porvenir más allá de la tumba; y así por fin y únicamente así es como llega á encontrarse en posesión de un cuerpo de doctrina religiosa y moral, especulativa y práctica, que jamás por la filosofía pagana habría podido ser concebido ni concertado, como, mal que le pese, es fácil deducir de su historia y del exámen detenido de los sis-

temas de sus grandes hombres; y lo poseemos con plena certidumbre, sin recelo de error ni de ilusión; porque á bien que el famoso *Magister dixit* de la escuela pitagórica, á más de un cierto linaje de idolatría implicaba un verdadero atentado contra los fueros de la humana razón, obligándola á abrazar sin exámen lo que á otra razón individual, no menos defectible, se le antojara enseñar, no así empero el de la escuela cristiana, en que hay un maestro único con títulos sagrados para llamarse tal, *unus Magister vester* (1), el que es Verdad por esencia, el Verbo de Dios, *en quien están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* (2), y que habiéndoselos revelado al hombre en la medida que le plugo y de que el hombre era capaz, le dejó permanente en su Santa Iglesia un infalible Magisterio. Es, pues, nuestra fé una sobrenatural y divina luz, que en los inciertos caminos de la vida nos marca el derrotero hácia la región codiciada de pura é inamisible felicidad, que en vano busca inquieto nuestro corazón entre las miserables decepciones de esta región de cautiverio; es venturosa antorcha, que proyecta claridad en nuestras tenebrosas sendas sembra-

(1) Math. XXIII, 8.

(2) Colos. II, 2.

das de precipicios y erizadas de peligros. Ella es á la vida sobrenatural y á la verdadera santidad lo que la raíz al árbol y el cimiento al edificio, ó como dice el Santo Concilio de Trento, «el principio, fundamento y raíz de toda justificación, sin la cual no es posible agradar á Dios, ni llegar al consorcio de los hijos de Dios.» (1) Custodiadla, pues, vosotros cual tesoro inapreciable, y trasmitidla á vuestros hijos como la más rica herencia, enseñándoles á conservarla y defenderla hasta exhalar el último suspiro, como á sus hijos las mujeres de Esparta al entregarles el escudo para ir á la guerra: *ó con él ó sobre él; ó reportadle incólume, ó que venga sobre él vuestro cadáver; antes morir que perderle.* Decidles que somos hijos de mártires; que así murieron nuestros padres, pudiendo exclamar mejor que Epaminondas: ¡muero invencible!

Este era el elevado sentimiento, que á los justos de la ley antigua sostenía y alentaba en medio de sus contratiempos y adversidades, y el que con preferencia procuraban avivar en el pueblo los Profetas, como eficaz preservativo contra la perversion idololátrica, de que con frecuencia se dejaba arrastrar provocando la cólera divina. Léase el ca-

(1) Ses. VI, cap. 8.

pítulo XIII de la carta de San Pablo á los Hebreos, y se admirarán los prodigios, que la fé obraba en aquellos antiguos esclarecidos varones, y por su medio en todo el pueblo. Sin armadas ni legiones aguerridas, *por la fé, dice, conquistaron reinos, obraron justicia, alcanzaron las promesas, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, evitaron el filo de espada, fueron fuertes en la guerra, pusieron en huida á ejércitos extranjeros; los unos fueron estirados, no queriendo rescatar su vida por esperar mejor resurrección; otros sufrieron escarnios y azotes y cadenas y cárceles; fueron apedreados, aserrados, probados, murieron muerte de espada...; de los cuales el mundo no era digno.* Y este asombroso cuadro, que el Apóstol ha dejado trazado, de los prodigios y rasgos de sublime heroísmo, operados en virtud de la fé, y á intento de sostenerla, por los Santos de la antigua ley, es sin embargo pálido y descolorido ante el que nos describen las actas de nuestros Mártires cristianos, y las vidas y hechos de nuestros Santos, animados de aquella virtud celestial y viviendo y muriendo solo por ella.

Y por lo mismo de ser á tal grado necesaria y de trascendencia tan vital y decisiva en los destinos de la humanidad, Dios Nuestro Señor, que tan fácilmente corre el velo de

su misericordia sobre nuestras fragilidades y miserias, «derrama su ira sobre las gentes que le desconocen y sobre los reinos, que se niegan á invocar su santo nombre» (1), fulminando *ira é indignacion á los que son de contienda y no se rinden á la verdad.* (2) Y así es seguramente cómo entre los pecados, con mayor severidad reprendidos y castigados por la Iglesia nuestra madre, ocupan el primer lugar los de heregía y apostasía, contra los cuales pronunció en todo tiempo sus más terribles anatemas, y les impuso inhabilidades y notas odiosas, secundándola en esto la legislación civil de los Estados católicos.

Tal vez se nos dirá: pero si acerca de esta virtud fundamental pudo escribir el Apóstol á los fieles de Efeso: *Gratuitamente habeis sido salvados por la fé; y esto no de vosotros porque es un don de Dios;* (3) y si es ella en efecto una mera gracia derivada de lo alto, como de acuerdo con la divina Escritura enseña también la Iglesia, y nunca el resultado natural de estudios sérios y meditaciones profundas, ni fruto del trabajo y solicitud humana, *non volentis neque currentis, sed misere-rentis Dei* (4) ¿qué razón ni derecho

(1) Salm. LXXVIII, 6.

(2) Rom. II, 8.

(3) Ephes. XI, 8.

(4) Rom. IX, 16.

ha podido autorizar el castigo ó corrección en orden al disidente? Yo quisiera creer, dice éste acaso alguna vez, agitado su corazón por el torbellino de las malas pasiones, como «un mar hirviente que no puede sosegarse» (1): quisiera tener fé, óyesele exclamar al considerarse víctima de la perfidia y abrevado de amargos desengaños: ¡quién me diera tener fé! exclama inconsolable en medio de sus desgracias é infortunios, si resonando en su oído alguna palabra de consuelo inspirada por la Religión, puede compararla con las frías é insípidas de los que llamaba Job *gravosos consoladores* (2): ¡quién pudiera tener fé!... una mirada al cielo, un suspiro hácia Dios, fuera entonces para mí de más alivio que todas las pomposas arengas de una filosofía árida y sin vida! Pero no plugo á Dios otorgarme ese don; yo no soy culpable de no poseerle!...

Si esto fuese así, A. H. N., si hubiese en el mundo situación semejante, firmes en la doctrina católica de que Dios á todos quiere salvar y no niega su gracia al que hace por obtenerla cuanto está de su parte, diríamos con un célebre escritor ante el abismo profundo de la providencia sobrenatural y el no menos profundo de la conciencia humana,

(1) Isai. LVII, 20.

(2) I. Cor. V, 12.

que «el último castigo en este mundo es desear tener fé sin poder conseguirla.» Por lo demás, dejando á parte á los desventurados que han nacido en las tinieblas de la heregía ó de la infidelidad, de los cuales podemos decir, no obstante, que el Padre de las luces no deja de suministrárselas; que «á nadie indebidamente condena, sino que con su múltiple á inefable bondad proveyó y provee de tal modo, que ninguno de los que perecen pueda alegar por excusa habersele denegado la lumbré de la verdad divina;» (1) que la Iglesia misma, en fin, ha condenado como erróneo el afirmar que «los judíos, paganos y herejes no reciben de Jesucristo influjo alguno;» haciendo, repetimos, caso omiso de ese linage de personas, pues que respecto á ellas podemos invocar la sentencia de San Pablo: *quid mihi de iis, qui foris sunt, iudicare?* (2) y contrayéndonos, como es de nuestro propósito, á la generalidad de los españoles, nacidos á fuer de tales de padres cristianos y católicos, cúmplenos hacer notar que no hay verdad en las palabras de éstos, cuando de ligero afirman no haber recibido el don sublime de la fé, aduciendo esto como excusa de su descreimiento. Háseles infundido ese precioso don en el Santo Bautismo;

(1) El autor del libro *De voc. gent.*

(2) I. Cor. V, 12.

hubo de robustecerse y arraigarse en sus almas por medio del Sacramento de la Confirmacion; y han descendido á ellos gracias invisibles é ilustraciones santas á efecto de que le conservasen vigilantes y solícitos. Si á pesar de esto lo han perdido, cúlpense á sí mismos y no á la Providencia. Es él comparable á un tesoro que se lleva en vaso frágil: es como el maná del desierto de Sin, que solo en vaso muy limpio permanecía incorrupto. ¿Quién es culpable de su pérdida, sino el que interesado en conservarlo no lo ha custodiado con diligencia?

(Se continuará.)

EL SIGLO XIX.

I.

Siglo de la inquietud y el movimiento, del papel, la revuelta y el negocio.

el *comfort*, la *toilette* y el tres por ciento.

En este instante que me embarga el ocio y me deslumbra tu soberbia pompa, á la lisonja universal me asocio.

Deja que alce la voz y el aire rompa, y en armoniosos números resuene al son de la guitarra ó de la trompa.

Que hay que tomar el tiempo como viene y apechugar con todo porque hay prisa, y desdichado aquel que se detiene.

Vamos que es tarde y la impaciencia avisa; —¿A dónde?—¿Qué más da!—¿Cómo?—Al (acaso.

—¿Alegres?—Más aún, muertos de risa.

Pasó la oscuridad y huyó el atraso: sábios hasta los niños de la escuela la mar de libertad nos sale al paso.

¿Tengo alma?—Muy bien, no me desvela:
mas que hay eternidad, premios, castigo ..
eso que se lo cuenten á mi abuela.

¡Dios!... sí, pudiera ser; no contradigo
si es un Dios razonable, que lo haya,
que al fin nada tendrá que ver conmigo.

Pues hoy la humanidad su fuerza ensaya,
y en eso de meterse en nuestras cosas,
la ciencia y la razon lo han puesto á raya.

Abre el siglo á mis piés sendas hermosas,
que pródigos tapizan á su modo
en oro el lujo y el placer en rosas.

Ya entre razon y fé no hay acomodo;
abra lo por venir su seno oscuro,
que es nuestra voluntad saberlo todo.

Vicio... Virtud... ¿Y qué? ¡Vaya un apuro!
¿quién puede aquí pesar lo verdadero,
si no hay más peso ya que el peso duro?

¡Deber!... ¡Deber!... Palabra de usurero.
Los deberes no son nuestro camino.

¿Hay algun otro que el deber dinero?

Religion... Humildad... ¡Qué desatino!
pierde el tiempo, quien quiera, hablando en
comulgarme con ruedas de molino. (plata,

¡Que al cabo moriremos!... Patarata,
yo de la libertad tiro del carro,
aunque me llamen mulo de reata.

Ya sé que me dirán que soy de barro,
débil, frágil, mortal, gusano inmundo;
nada de eso me importa ni un cigarro.

Pues sé tambien que, en mi saber pro-
(fundo,
soy sin freno, sin trabas, libre, en pelo,
el mayor animal que hay en el mundo.

II.

¡Qué cuadro, oh Dios! al descorrerse el
progreso, libertad, ciencia, ganancia, (velo,
la Arcadia, Jaula, el Paraiso, el cielo.

Juntos el privilegio y la ignorancia
cayeron, y á la vez abre copioso
su retorcido cuerno la abundancia.

Si al resplandor del rayo luminoso
se civilizan pueblos y naciones,
¿habremos de seguir haciendo el oso?

Fuera el temor; no mas preocupaciones
y calle la verdad, ó entre y arguya
en el tropel de tantas opiniones.

¿No ha de haber quien su imperio susti-
cuando el tumulto en las ideas crece (tuya
y activo cada cual lleva la suya?

Si no quiere ceder, siga en sus trece,
porque en fecundidad no hay quien nos
y en eterno charlar todo perece. (pueda,

¿Oyes?... ya gritan; la palabra rueda,
«pueblo» y «Patria» y «Honor», Facundia
(rara
pues bien puedes decir que otra les queda:

Bueno que diga la codicia avara
que esto es comprar la vida á peso de oro,
y que nos cuesta un ojo de la cara.

Pero ved bien del súbito tesoro
de la futura edad, ya en nuestra mano,
correr sin cauce el manantial sonoro.

Lo que aún no fué, ya es: se abrió el ar-
oro es el tiempo y la señal patente (cano,
del grande alcance del poder humano.

Pródigo al par el crédito impaciente,
endosa á lo futuro sin descuento
todo lo que derrocha lo presente:

Y tú deuda inmortal, vida y aliento
de nuestra edad; hasta en la más remota
has de ser memorable monumento.

Que es mar sin fondo tu riqueza ignota,
como el vacío que al espacio inunda
y ni la misma eternidad agota.

¡Cuán poderosa, oh Dios! y cuán profunda
á mis absortos ojos se presenta
de tanto bien la concepcion fecunda!

Se abre el festin, la humanidad se sienta,
y gasta, y goza y come y bebe, y vive,
y la posteridad paga la cuenta.

¿Quien á vivir asi no se suscribe?
á tan continuo afan ¿quién no se aviene?
mayor prosperidad no se concibe.

Millionario hay que ser, eso es de ene,
¿Quién en el mundo ya tiene bastante?
¿Quién no gasta ya más de lo que tiene?

Y al que le coja el carro, que se aguante;
la suerte echada está, se abrió el barato,
no hay que retroceder, trampa adelante.

Pues vivir como tres en un zapato es cosa que pasó, y ancha es Castilla: el que venga detrás que pague el pato.

(Se continuará.)

BIEN, GRACIAS.

Bien, gracias á Dios, se decia antiguamente, mas ahora el santo nombre de Dios se suprime por artículo de lujo.

Poco nos importa fijar con exactitud la fecha de esta innovacion, más trascendental de lo que parece, aunque sí debe consignarse que trasciende á cien leguas á gabacha: es el *bien, merci* de esos incómodos vecinos que han tomado á su cargo el degradar á su noble nacion y el corromper y escandalizar á Europa.

El *bien, merci* que los ingleses traducen *ver y well, thank you*, los italianísimos, *bene, vi ringrazio*, no ha pasado á la Alemania católica, que conserva sin cercen su *Gott sey Dank*, y á no pocos protestantes les hemos escuchado. Esa frase elíptica «bien, gracias,» servil copia como es de la Francia anti-católica, de la Francia que ha venido á abortar á los flamantes iconoclastas, ha de ser la admiracion de los siglos y asegurar fama de literato y gran hablista al siglo XIX. Lo que no sabemos es como los venideros, cuando en estudiar esta trasformacion del lenguaje

popular se ocupe la filosofía de la historia, podrian conciliar la fama de habladores sempiternos, que según señas dejaremos en el mundo, con el laconismo y amor á la brevedad de que hemos dado muestras al inventar aquella frase característica de nuestro saludo nacional al uso progresero: *Bien, Gracias*.

Creemos que allá, andando los tiempos, se ha de pensar que la supresion del nombre sacrosanto del Señor en el texto de la antigua frase «gracias á Dios,» ha obedecido á que este nombre parece á algunos duro y un tantico contrario á la famosa libertad de conciencia que hemos conquistado, y no era cosa, siendo como somos *libres*, pero muy *libres*, de que viniésemos cada vez que saludamos á dar á entender que aguantamos tiranías—Dios nos perdone que copiemos la blasfemia—ni de señores del mundo ni del Señor de los cielos. ¡Nécios, mil veces nécios! ¡como si con palabras huecas pudiera el hombre arrebatár á Dios Nuestro Señor el cetro de su universal imperio!

De seguro que si este articulito llega á caer en manos de aquellas personas *muy indulgentes* y *muy buenas*, dispuestas á perdonar toda clase de abusos y aun á disculparlo y contemporizar con ellos, por no pasar por poco tolerantes, dirán que tergiversamos é interpretamos mal las palabras «bien, gracias» que se

oyen á cada paso entre las personas de una piedad indisputable.

Desde luego, anticipándonos, pondremos la dificultad más seria que á nuestras indicaciones puede hacerse. Al contestar «bien, gracias» á la pregunta, «¿cómo está usted?» que antes se nos ha dirigido, se dirá que no se pretende desterrar el santo nombre de Dios del lenguaje común, ni se le niegan por eso las debidas gracias por sus beneficios. Con la frase «bien, gracias» hay quien dice que contestamos que de salud nos encontramos bien, y que al mismo tiempo damos la gracias á nuestro interlocutor por el interés que se toma al preguntarnos cómo seguimos.

¡Ah benditos é inocentes! contestaremos nosotros á los que así discurren, y ¿no se les alcanza más, ni descubren más en la consabida frase?

Pues sí así es, está visto que hay que explicarles la lección que aquí se encierra.

Cierto que muchísimas personas dicen á secas *bien gracias*, porque así lo oyen decir á otras personas. Si no os parece mal, verdaderamente no son dignas de represión alguna. Mas para que en lo sucesivo no incurran en la misma falta, vamos á advertir que los buenos cristianos han de poner especialísimo empeño en no callar el santo nombre de Dios en presencia de nadie; no han de

perder la ocasión de hacer profesión pública de que creemos en Dios, y de que le damos con mucho gusto gracias por todos sus beneficios, entre otros, por la salud que solo de Dios puede venirnos

II.

Si al pasar por un sitio cualquiera de un pueblo no encontramos allí edificado un templo al verdadero Dios, no es motivo para decir por esto desde luego que los hombres de aquel pueblo vivan sin dar á Dios el culto que se le debe, si por otra parte tienen templos en otros sitios del mismo.

Mas si al pasar por el sitio mencionado nos advierten que allí mismo antes se elevaba un hermoso templo, pero que le habia derribado el pueblo como habia hecho con otros, sin necesidad alguna, y que los templos que tenia estaban mal conservados ¿qué habia de pensar el viajero que visitase aquel lugar y por las ruinas descubriese el sitio que habia ocupado el antiguo templo? ¿qué habia de decir sino que la falta de un templo en el sitio en cuestion argüia escasa piedad y sobrado olvido de Dios y hasta mucha impiedad en aquel pueblo?

Pues haciendo á nuestro caso aplicacion de símil obsérvese que Dios estaba en pacífica y secular posesion de la gloria que el pueblo

español le daba, tributándole en el saludo nacional las debidas gracias por la salud y por los demás bienes de que nos colma, y la moda impía ha venido á destruir ese glorioso monumento que levantó á Dios la piedad de nuestros padres.

Nos complace, en efecto, ver á los hombres del día tan agradecidos á todo aquel que les saluda; pues ¿no ha de parecernos bien? Lo que nos parece mal y hasta ridículo es que *para dar á los hombres las gracias* por una palabra que al cabo ni nos da ni nos quita la salud, se *hayan suprimido* dos palabras con que dábamos antes á Dios gracias por sus innumerables beneficios. Esta gratitud de nuevo cuño nos trae á la memoria la conducta de aquellos que no pagan á quien deben y por otra parte convidan á comer á amigos; y los que de este modo son agradecidos nos parecen, como dice el adagio, ahorradores de la ceniza y desperdiciadores de la harina.

Bien, Gracias.—Señor, mio, se nos ocurre decir siempre que oímos esta contestacion: ¿Para quién son estas gracias? porque para nadie, es de suponer que no serán. ¿Son para Dios? Pues en este caso dígalos usted claro y con todas sus letras, porque de dar gracias á tan grande y poderoso Señor nadie debe avergonzarse.

¿Son para mí ó para nosotros? Pues en tal caso le aseguramos que

no es un favor que merece mencion tan especial el haberle saludado, como la urbanidad lo exigia, para que le tenga tan preocupado que se olvide de Dios y no piense más que en manifestarnos su agradecimiento. Quien tal pensare y tan pagado estuviere de las palabras vanas de los hombres, olvidándose de Dios, seria semejante á los pobres pretendientes que, visitando por primera vez la córte, se alimentan y se consuelan y forman castillos en el aire con buenas palabras de su ministerio.

Si antes de ahora se hubiera dicho siempre «Bien, gracias,» pudiera pasar sin correctivo este saludo; pero cuando para introducirle en el trato comun ha sido preciso regalar al olvido el santo nombre de Dios, no puede dársele en manera alguna la significacion inocente de que en otro caso fuera susceptible.

De hoy más los buenos católicos hemos de resolvernos á contestar á la faz de quien ménos de ello guste, sin temores pueriles, sin infundada vergüenza, BIEN GRACIAS A DIOS, como anteriormente lo hacian nuestros padres.

Nosotros que proclamamos con eso la única soberania esencial y originaria indisputable, que cumplimos en ello un deber de ineludible reconocimiento y de sumision como ninguna otra debida ¿nos hemos de poner bajo el nivel de los desvergonzados que tienen valor para ofen-

der á todo hombre verdaderamente culto con obsceno lenguaje, á los blasfemos que en su osadía inaudita insultan á Dios de palabra y por escrito con la misma lengua y con la misma pluma que creó el Dios insultado, y no nos hemos de atrever á proclamar un agradecimiento de razon, de eterna justicia y hasta de cortesía verdaderamente culta y verdaderamente elevada?

Y tanto más salta esto á la vista, cuanto que semejante innovacion se ha hecho despues de haber intentado suprimir para siempre el nombre de Dios en la fórmula de despedida, sustituyendo el «Vaya usted con Dios» y el «Adios» por la palabra «agur,» ó «abur,» cuya significacion, aunque sigamos á Barcia, seria pura y simplemente pagana y fatalista, puesto que la primera de estas dos últimas, que es sin duda la genuina, no otra cosa seria que la contraccion de augurio que significa agüero, y dado el buen deseo del que saluda, habiamos de interpretar piadosamente por «buen agüero» ó por la manifestacion del deseo nuestro de que le vaya bien al sugeto saludado, aunque nosotros vemos más claro origen de esa palabra en la hebrea *agur* ó *aghur* «voy á retirarme,» cuyo valor ideológico es el mismo que el de la frase «me marcho» con que algunos se despiden; y en que el santo nombre de Dios se encuentra tambien suprimido.

Despues de haber pretendido nuestro siglo desterrar á Dios del matrimonio y de los códigos y de las escuelas... y de todas partes....

Antes el pueblo sencillo, pero muy cristiano, decia: «Agur dijo el diablo por no decir Adios»: y ahora puede decirse: «Bien, gracias, dice el siglo de la revolucion, por no decir; «Bien, gracias á Dios.»

(Del Zuavo.)

CRONICA EXTRANJERA.

Una nueva aplicacion de la ley politico-elesiástica de Prusia.

Las noticias recibidas de Berlin por los diarios católicos de Roma, anuncian que el Gobierno del rey Guillermo firmará uno de estos dias la órden de reintegracion en sus diócesis, de los Rdos. señores Obispos de Munster y de Limburgo.

Hasta aquí tres aplicaciones de esta ley han tenido lugar:

1.^a La devolucion de la subvencion eclesiástica, conforme con el art. 1.^o de la ley, al clero del Hohenzollern, que pertenece, en materia religiosa, al arzobispado de Friburgo.

2.^a La dispensa del exámen por el Estado, que segun las leyes de Mayo debian sufrir los sacerdotes antes de ejercer cargo alguno; si bien esta dispensa solo se concede á aquellas diócesis, cuyas autorida-

des eclesiásticas han sido legalmente reconocidas.

3.^a El indulto de dos de los Obispos desterrados, conforme con lo dispuesto por el artículo 2.^o de dicha ley.

Preparémonos para oír á la prensa liberal de Europa censurar el proceder del Gobierno de Berlin, que abre las puertas de sus diócesis á dos venerables ancianos injustamente tratados como enemigos de la patria.

El Vaticano y Rusia

Se confirma la noticia de la inteligencia en la cuestion religiosa del señor conde Tolstoy y del Sr. Giers, ministros del Czar. Telégramas transmitidos de San Petersburgo á los diarios de Viena y de Praga, aseguran positivamente que por parte de Rusia se han hecho nuevas proposiciones sumamente conciliadoras al Vaticano, y que las negociaciones siguen activamente su curso regular.

Comentando estas noticias, escribe el *Journal de Rome*:

«No hemos creído nunca en la ruptura de las negociaciones entre el Vaticano y Rusia; porque el interés del Gobierno ruso exige imperiosamente un *modus vivendi*, la regularizacion de la cuestion polaca. El nombramiento del conde Tolstoy despertó temores vivísimos, porque

parecia haber adoptado las preocupaciones y las estrechas miras del partido patriota que no quiere oír hablar de una reconciliacion con Polonia.

Las noticias de San^{ta} Petersburgo que publica la *Germania*, de Berlin, confirman los telégramas de la capital de Rusia que han visto la luz pública en los diarios de Viena y de Praga.

La nueva protesta del Papa.

Telégramas de Roma que tenemos á la vista, hablan de la alocucion pronunciada por la santidad de Leon XIII en el Consistorio secreto celebrado en el Vaticano.

El principal objeto de esta alocucion no ha sido otro que lamentar los males que la Iglesia de Dios sufre en Italia.

Las necesidades presentes de la Iglesia, dijo Leon XIII, exigen que la eleccion de los Obispos recaiga en sacerdotes de grande energia, de consumada prudencia y de inagotable caridad. Debe procurarse siempre, añadió, que nadie, y mucho ménos las autoridades políticas, puedan objetar nada contra las cualidades de los candidatos que sean elegidos.

A pesar de esta gran prudencia de la Sede Apostólica,—prosiguió Su Santidad,—existen más de veinte Obispos italianos que esperan desde hace meses, y algunos desde ha-

ce años, que desaparezcan los obstáculos que les impiden ir á tomar posesion de sus diócesis ó ejercer libremente su sagrado ministerio.

De donde dedujo el Padre Santo la siguiente conclusion:—«A pesar »de todas las protestas y de todas »las personas contrarias, se quiere »esclavizar á la Iglesia é impedir al »Papa que la gobierne con la plena »libertad con que tiene derecho á »hacerlo.»

La impresion general causada en Roma por las noticias que se tienen de esta nueva Alocucion pontificia, es que esta Alocucion prueba una vez más la situacion verdaderamente intolerable en que se encuentra la Santa Sede.

NOTICIAS DE FRANCIA.

El Sr. Obispo de Angers ha dirigido á los Párrocos de su diócesis una circular diciéndoles que en el caso de que los Ayuntamientos pidan que el clero se asocie al aniversario de odiosas matanzas, solo les autoriza para celebrar, si los Ayuntamientos lo piden, sufragios por las víctimas de esos crímenes. Dícelos tambien que se resistan cuanto puedan á iluminar las iglesias para solemnizar tales hechos, y que en caso de violencia por parte de la autoridad acudan á los Tribunales pidiendo proteccion. Les exhorta además á no permitir que toquen las

campanas para solemnizar los aniversarios revolucionarios.

Esta sabia y prudente circular ha sido sometida al Consejo de Ministros para deliberar acerca de si ha de procesarse el digno Obispo por haber realizado un acto de jurisdiccion episcopal.

No cabe mayor tirania.

CULTOS RELIGIOSOS.

Hoy Sábado.—En la Colegial, á las siete y media, misa de la Virgen.

En Santa María, á las ocho y media, misa de renovacion.

En la Iglesia de Nuestra Señora del Cármen, continúa la novena, predicando hoy sábado D. Antonio Llofriu, Pbro.

En las Agustinas á las cuatro y media, la felicitacion sabatina.

Domingo.—En la Colegial, la misa conventual, á las ocho y media.

En Santa María, misa conventual á las ocho y media.

En la Iglesia del Cármen termina la novena con sermon á cargo de D. Manuel Martinez, Pbro.

Martes, *San Jaime Apóstol.*—En la Colegial, la misa conventual á la hora de costumbre.

En Santa María, la Misa conventual á las ocho y media.

Jueves.—En las Capuchinas á las siete, misa de renovacion, y por la tarde á las cuatro y media, trisagio.

ALICANTE:

Imprenta de Antonio Seva,
plaza del Progreso, n.º 5.